

ALFREDO GONZÁLEZ RUIBAL

“LA IMAGEN ARQUEOLÓGICA DE LA GUERRA CIVIL ES DE UNA GUERRA ARCAICA, NO DEL PRELUDIO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL”.

Es difícil acercarse a la Guerra Civil desde un enfoque original. González Ruibal, reconocido especialista en arqueología contemporánea, lo ha logrado en *Volver a las trincheras*, la primera historia arqueológica de la peor de nuestras guerras.

JOAQUÍN ARMADA, HISTORIADOR Y PERIODISTA

Caminamos entre fantasmas. A nuestro alrededor, soldados invisibles recargan sus fusiles, corren en zigzag para sortear los disparos enemigos o se pegan a la pared de la trinchera esperando que acabe el bombardeo. A simple vista, nada delata su presencia esta mañana azul, casi primaveral, pero Alfredo González Ruibal lleva décadas aprendiendo a observarlos. “Aquí aún se pueden encontrar vidrios de la Guerra Civil”, me dice mientras nos acercamos a las trincheras que su equipo excavó en 2008 en la Ciudad Universitaria de Madrid. Entre la arena del sendero veo un pequeño trozo verde. “¿Como este?”. No obtengo respuesta. Con su mirada experta, Alfredo ha descubierto una bala de 7 mm, cubierta de herrumbre. Antes de que salga de mi asombro recoge otra, un proyectil alemán de 7,92 mm que aún conserva su punta afilada. “La disparaban tanto fusiles como ametralladoras”. En *Volver a las trincheras* (Alianza, 2016), su relato de la Guerra Civil desde el punto de vista arqueológico, he aprendido una obviedad falsa: no hay bala buena. En su viaje veloz, muchos proyectiles rotaban sobre sí mismos y se-



© Álvaro Minguito.

guían girando en el interior de los desafortunados que recibían su impacto, atravesando órganos, rompiendo huesos, cortando arterias. Estas dos balas olvidadas durante casi ochenta años no mataron a nadie. Empezamos a conversar mientras los fantasmas continúan su batalla. “Muchas veces, cuando hablamos con aficionados a la historia, con detectoristas, se ríen de nuestros hallazgos, porque encontramos unos casquillos o unas latas. Para ellos, un gran hallazgo es encontrar un proyectil del 15 y medio sin explotar, una insignia, etc. Y yo siempre les digo que

a mí eso no me aclara nada. Porque yo ya sé que en la Guerra Civil tiraban bombas y que los soldados llevaban insignias. Para mí es más interesante encontrarme con un contexto, con quince latas donde sé que un grupo de soldados estaban huyendo del frente y estaban haciendo una cena el último día de la batalla”. A partir de un puñado de balas como estas, de fragmentos de granadas, González Ruibal y su equipo de investigadores pueden reconstruir un golpe de mano para intentar tomar una trinchera, descubrir si los atacantes sorprendieron a los defensores o si retro-

cedieron derrotados. Lo importante para que esta investigación casi policial tenga éxito es lo que les falta a las dos balas que acabamos de encontrar: el contexto.

Sin un relato común

González Ruibal es un cazador de historias. En su búsqueda, ha estudiado tumbas y fortificaciones de la Edad del Hierro, casas abandonadas por los emigrantes gallegos que partieron a América, las huellas de las masacres silenciadas durante la invasión de Etiopía por los soldados de Mussolini. Coeditor del *Journal of Contemporary Archaeology*, es uno de los expertos más reconocidos de la arqueología contemporánea, una disciplina “pobre”, sin tesoros, ¿o no? “El tesoro para cualquier arqueólogo es encontrar un contexto sellado y sin ningún tipo de alteración, encontrarse todas las cosas tal y como quedaron en el momento de su uso. Y, desde ese punto de vista, no importa que sea algo muy valioso o algo vulgar o cotidiano. La clave siempre es el contexto, porque es lo que nos permite contar microhistorias con muy alta resolución. Podemos saber desde dónde venía el tanque que atacó una trinchera, cuántos proyectiles disparó, cuánta gente estaba metida en un pozo de tirador. Siempre hay un grado de error, por supuesto, pero podemos aproximarnos mucho a ese

PODEMOS SABER DESDE DÓNDE VENÍA EL TANQUE QUE ATACÓ UNA TRINCHERA, CUÁNTOS PROYECTILES DISPARÓ...

tipo de cuestiones”. Para descubrir cómo vivieron y murieron los soldados enfrentados, González Ruibal y su equipo de ocho investigadores llevan años recorriendo los frentes de batalla, excavando en trincheras de primera línea y posiciones secundarias, leyendo el paisaje de fortines y parideras, rescatando del olvido decenas de historias mínimas y, casi siempre, anónimas. “Hace unos meses estaba hablando con un colega arqueólogo de un sitio tan lejano como Nueva Caledonia [un archipiélago de Oceanía]. Conversábamos con otros colegas sobre la Guerra Civil y él exclamó:



RESTOS de una de las fosas exhumadas por González Ruibal y su equipo en el Monte de Estépar (Burgos).

‘Y esto fue hace más de ochenta años’, como diciendo, ¡es increíble que estéis hablando de esto como si hubiese sido ayer, como si hubieseis sido vosotros los que participasteis en la guerra! Y esto, evidentemente, tiene que ver con que no se ha creado una narrativa común, un mínimo común denominador que sea aceptado, sobre el cual podamos discutir”. Es un tema sobre el que insiste en su libro. “Si ni siquiera nos ponemos de acuerdo en la fecha de inicio...”, comento, recordando que para los historiadores revisionistas la guerra comenzó con la insurrección socialista de 1934. “Efectivamente. Nadie duda de que la Segunda Guerra Mundial comenzó el 1 de septiembre de 1939. Mientras no superemos ese estado de confrontación con una narrativa comúnmente aceptada, los debates van a ser en buena medida estériles y no vamos a escucharnos unos a otros. Yo en el registro arqueológico veo que en el año 36 aparecen fortificaciones, centros

de represión, fosas comunes, y aparecen en el 36, no en el 35 o el 32, y continúan en los cuarenta y principios de los cincuenta. Arqueológicamente está claro que hay una fase de conflicto en España que va desde el 36 hasta el 50, 51, 52”. Una guerra cercana, porque todavía tiene centenares de heridas abiertas, fosas comunes en cementerios y cunetas, donde aún están los restos de miles de víctimas. Son la mejor prueba de que seguimos sin tener ese relato común. “Desde un punto de vista social, es evidente que no podemos competir con una exhumación. Es infinitamente más importante exhumar a alguien para que sus familiares puedan recuperar el cuerpo que hacer una investigación de un campo de batalla”. En *Volver a las trincheras*, González Ruibal cuenta cómo el gran estallido de violencia se extiende desde el verano de 1936 a principios de 1937. A este período pertenecen las fosas más grandes, donde los cuerpos

La muerte del soldado “Charlie”



Todas las imágenes: © Incipit-CSIC.

APARECIÓ en la misma trinchera en la que falleció el 15 de noviembre de 1938, el último día de la batalla del Ebro, en la Sierra de la Fatarella (Tarragona). Cercado por los franquistas, este soldado republicano murió cuando intentaba sacar de su trinchera una granada enemiga. La bomba explotó antes de que pudiera alejarla y le pulverizó la mano derecha. La metralla

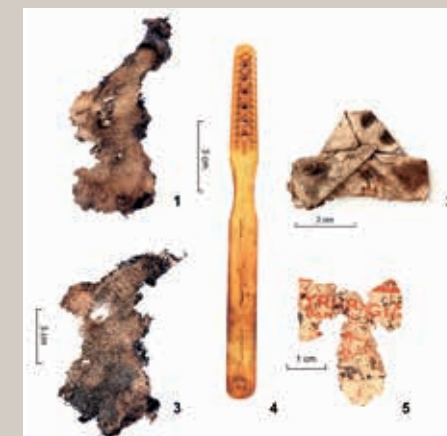
traspasó sus pulmones, se incrustó en su columna vertebral y partió uno de sus fémures en dos. Los arqueólogos le bautizaron “Charlie” porque pensaban que podía ser un soldado de la estadounidense Brigada Lincoln, pero para entonces ya habían sido retirados del frente.

■ Llevaba una bolsa con munición aún colgada del hombro izquierdo cuando murió.

■ Cayó de espaldas. Bajo su cuerpo, los arqueólogos encontraron 12 casquillos: los disparos que realizó antes de morir.

■ Estaba en la cuarentena y medía 1,75 m.

■ Cuidaba sus dientes: tenía un cepillo de la marca Foramen y un tubo de pasta de dientes de la marca Myrurgia.



EN LA PÁG. OPUESTA, exhumación de “Charlie”. ARRIBA, reconstrucción de su muerte. ABAJO, planimetría del esqueleto y objetos asociados.

se arrojan como si fueran animales o se colocan boca abajo “para que coman tierra”. Se asesinan familias enteras, mujeres embarazadas, padres ancianos con hijos jóvenes; sindicalistas y curas; terratenientes y jornaleros. Pero ni siquiera el odio es capaz de vencer por sí solo el miedo a matar. A veces aparecen los vidrios rotos de las botellas que beben los justicieros antes de apretar el gatillo. “Las víctimas del 36 –escribe González Ruibal– no reciben un solo disparo limpio en la cabeza. Las razones para esto pueden ser múltiples: embriaguez, falta de práctica, horror ante lo que se estaba haciendo, sadismo...”.

Una guerra preindustrial

Volver a las trincheras es un libro único, mérito más que notable en la bibliografía

inabarcable de nuestra Guerra Civil. Muy cerca de la trinchera que su equipo excavará este verano, no le pregunto a González Ruibal si tiene sentido su trabajo –tras leer su libro no tengo dudas de que tiene mucho sentido–, sino si las microhistorias que descubren cambiarán el gran relato del conflicto. “Creo que a la larga sí, lo que pasa es que no en los aspectos que uno pudiera pensar. El gran relato de la Guerra Civil no lo va a cambiar la arqueología, el relato político-militar-económico, pero sí podemos cambiar la historia cultural de la guerra. Yo creo que la historia cultural de la Guerra Civil se puede hacer a través de las trincheras, de las cosas que quedaron abandonadas en las trincheras. Y lo que nosotros estamos encontrando en muchas ocasiones es contraintuitivo, es

muy distinto de lo que se ha dicho hasta ahora de la Guerra Civil. Cuando muchos historiadores dicen que fue el preludio de la Segunda Guerra Mundial, bueno, esa es la conclusión a la que uno llega cuando se fija en los Stuka, los T-26 y la maquinaria bélica de último modelo. Pero es un 1% de la Guerra Civil. Frente a eso, lo que tenemos es una guerra muy preindustrial en muchos sentidos, hecha por campesinos con medios preindustriales. Y tenemos formas de hacer la guerra que tienen más que ver con las guerras carlistas o con la Gran Guerra que con la Segunda Guerra Mundial. La imagen arqueológica de la Guerra Civil es la de una guerra arcaica, no la de una guerra supermoderna”. Una guerra estática en muchos frentes, todavía con batallas olvidadas. Como la de

Sotodosos, en Guadalajara, donde las divisiones 5, 6 y 14 del IV Cuerpo de Ejército, mandadas por el anarquista Cipriano Mera, lanzaron una ofensiva el 31 de marzo de 1938 para distraer el avance franquista hacia el Mediterráneo. El ataque fracasó, pero sus huellas aún aparecen en los restos de algunas fortificaciones, donde González Ruibal y su equipo hallaron los cadáveres de varios soldados franquistas. ¿Qué nos dice la forma de morir de un hombre? “Hay una parte importante, que es el trabajo antropológico. Examinar las huellas de los huesos para saber si hay traumas *perimortem* o *antemortem*. Ver si una persona murió de un tiro en la nuca, de metralla, etc. Pero, además de eso, contamos como arqueólogos con la cultura material. A través de los objetos podemos recuperar también

parte del contexto de muerte y –para mí más importante–, parte de los últimos momentos de vida de esas personas. Cómo iban vestidas, qué se llevaron a la muerte, fuera el lugar donde cayeron asesinadas o donde las mató una bomba en una batalla. Los objetos realmente nos dicen mucho sobre estas cuestiones”. Los frascos de vitaminas de la marca barcelonesa Clavitam delatan la carencia de fruta y verduras frescas en buena parte de los frentes republicanos; la suela de una alpargata hecha con restos de un neumático Firestone, la falta de botas. En las trincheras franquistas son frecuentes las latas de sardinas de Augusto Sacco & Co, los restos de vidrio de botellas de jerez de Pedro Domecq, la pasta de dientes La Toja... Al contrario que en las franquistas, en

las trincheras republicanas suelen aparecer vainas variopintas. Cuanto mayor es su calibre, más obsoleto es el fusil que disparó la bala. Cartuchos de 11,4 mm de fusiles Remington de 1866 o de 10,4 mm de fusiles Vetterli de 1871 aparecen a veces junto a vainas de fusiles franceses de 8 mm o de 7,62 mm del fusil soviético Mosin Nagant, el mejor de los republicanos. Son el testimonio de la búsqueda desesperada de armas por parte de las autoridades republicanas: en armerías olvidadas, en el mercado negro internacional y, por fin, en los arsenales soviéticos.

Volver a las trincheras es un altavoz de decenas de trabajos universitarios que pocas veces llegaron a los medios. La historia de una desertión, que cuentan los uniformes descubiertos en el techo derruido de una paridera. El miedo de un miliciano republicano, que intenta evitar que le rodeen, fosilizado en una cincuentena de cartuchos dispersos en el cráter de un obús. Relatos, en fin, que no aparecen en los documentos. “Una de las cosas que intenta demostrar el libro es que la arqueología puede servir para hablar del presente. No hace falta

UN FRASCO DE CLAVITAM DELATA LA CARENCIA DE VERDURAS Y FRUTAS; RESTOS DE ALPARGATAS, LA FALTA DE BOTAS

irse muchos siglos atrás para que tenga un papel. Simplemente los objetos cuentan otra historia, y la cuentan hace 4.000 años y ahora mismo”. Es una lección que debemos aprender los medios españoles, y, más importante aún, las universidades. “Uno de los problemas que nos vamos a encontrar es la rigidez académica que hay en España. En otros países, la arqueología se entiende como una disciplina muy amplia, que va desde el Paleolítico hasta el presente. En España, la arqueología está muy enfocada tanto a la Prehistoria como al mundo clásico; como mucho, al mundo medieval. Más allá no se considera que sea arqueología. Eso va a dificultar el desarrollo de este tipo de estudios”. Trabas incomprendibles para una aventura fascinante que solo acaba de empezar. ■